



Alfonso COLORADO

Universitat Pompeu Fabra

En castellano hay varias introducciones a la historia, no manuales para convertirse en historiador. Al abrir este libro puede pensarse que hay un error de impresión o encuadernación: la primera parte se llama “Memorias de un ventrílocuo”. No hay tal, toma su nombre del proceso por el que pasa todo aprendiz de historiador, sociólogo o economista: emular las teorías de moda, imitar la voz y el tono de los maestros o las autoridades en la materia. Este manual es desconcertante porque además de ocuparse de cuestiones metodológicas y epistemológicas aborda también lo que hay tras bastidores en el oficio de historiador, sus problemas prácticos, sus dilemas. Con talante empírico, el autor inicia el libro con una autobiografía intelectual, “Llegar a saber”, donde rememora su paso como estudiante de doctorado en la Universidad de Stanford en los años 80 y hace una crónica personal de los cambios en las ciencias sociales en los últimos 25 años. (Tras leerla es tentador pensar que acaso fueron tan revolucionarios como los 60).

En las últimas décadas “cultura” pasó de significar una mezcla de arte y pensamiento a un multiforme sistema estudiado por ramas de la historia (la historia cultural), la antropología (la etnohistoria o la antropología histórica) y nuevas e híbridas como los *cultural studies*. La relación de éstas con la historia es un tópico central del libro. Para empezar, traza su genealogía.¹ En Estados Unidos no derivaron del

¹ Quizá por ser relativamente reciente no está clara. Por ejemplo, en la bibliografía en castellano divergen *La historia cultural: autores, lugares, obras* de Justo Serna y Anacleto Pons (Madrid: Akal, 2ª ed., 2013) y *La historia de los hombres. El siglo XX* (Barcelona: Crítica, 2ª ed., 2013). En el ámbito ibérico es pionero el *Manual d'història de la cultura* de Josep Lleonart (Barcelona: Barcino, 1928). Lleonart (1880-1951), novelista y ensayista, fue traductor de E. T. A. Hoffmann, Stefan Zweig y Paul Heyse al castellano, de Goethe y Wagner al catalán. En 1937 publicó *Com faig un curs comentant la història de la cultura* (Barcelona: Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya).

estructuralismo francés sino de la filología etnográfica, que a su vez se enmarcaba en discusiones que rebasaban el ámbito académico: el triunfalismo ideológico y el patriotismo que crecían parejos al poderío industrial y militar. Las ciencias sociales cambiaron a la par de la lucha por los derechos civiles y el antibelicismo. Tenorio señala que la principal aportación de estas corrientes "culturalistas" (que en lengua castellana no son todavía comunes, por algo la mayoría de las introducciones al tema son traducciones)² fue obligar a la historia a ponerse en guardia frente al etnocentrismo y a los dados por hecho; entre sus puntos débiles están la jerga oscura, la actitud ametodológica y la predilección condescendiente por las culturas "subalternas" y "puras". El autor, historiador cultural, no hace una apología sino un examen de su disciplina; insiste en que hace falta introducir lo "cultural" en las ciencias sociales, sí, pero que "no hay como hacer historia cultural de algo (de una era, de un fenómeno) que ya cuente con cosillas tan «neoliberales» como un índice de precios y una recopilación de leyes y códigos" (p. 76). Lo que defiende es la pertinencia del diálogo entre disciplinas y de sus distintas especialidades entre sí.

Otro tópico son los nexos entre la historia, la poesía y la imaginación. No se trata de la consabida discusión de la historia como narrativa, se asevera algo que parece arriesgado aunque cuente con una larga nómina de antecesores (por ejemplo Vico, Heidegger y O'Gorman): que poesía e historia comparten algunos procedimientos formales. Así, se explora el caso de la metáfora:

Richard Hofstadter [...] en la década de 1950 escribió lo que entonces fue la más importante historia del populismo norteamericano de la década de 1890; una historia de granjeros sureños empobrecidos, antimodernos, anticosmopolitas que, temiendo su extinción, se dieron al racismo y al fanatismo. En su momento, el libro era una metáfora que todo el mundo entendió: se leía populismo pero se entendía macartismo, linchamientos en el sur y persecución de la inteligencia neoyorkina. (p.108)

¿No es sorprendente la unánime comprensión de algo únicamente connotado? ¿Cómo puede un historiador entender las aseveraciones, las discusiones, los problemas de una época si no se introduce en su lenguaje?³ La metáfora ha sido tan común que se ha abusado de ella. Tras el derrumbe hispánico de 1898 hubo un auténtico concurso de expresiones para dilucidarlo: "el enigma español", "la España invertida", "el cortocircuito de la modernidad" ante las que el historiador Jaume Vicens Vives anotó: "demasiada angustia unamuniana para una comunidad mediterránea con problemas muy concretos..." (p.112). Algunas corrientes contemporáneas de la historia, como el contextualismo de Quentin Skinner (quien declaró su intención de reconstruir la mentalidad de Maquiavelo, "su propio punto de vista moral"⁴) se relacionan también con la poesía. La comunión de ambas disciplinas va más allá, comparten incluso su objetivo: edificar "un simulacro tan verosímil y bien documentado del pasado que cambie la consciencia del presente y la visión del futuro"

² Especialmente conocida es *¿Qué es la historia cultural?* de Peter Burke (Barcelona, Paidós, 2006)

³ Como dice Anthony Pagden: "sólo es posible comprender cualquier texto del pasado una vez que se sepa algo del lenguaje (así como del contexto social) en el cual se elaboró". *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*. (Madrid: Alianza Editorial, 1988, p. 18). Subrayado del autor.

⁴ *Maquiavelo* (Madrid: Alianza Editorial, 1984. p. 13)

(p. 97-98). Tenorio apoya sus asertos extendiendo su pesquisa a áreas tan diversas como la neurología. En general es convincente, y si no, por lo menos incitante. La primera parte del libro, esencialmente teórica, concluye con un texto sobre la imaginación y la historia, donde el autor propone términos, como “memoria poética”, para designar procesos epistemológicos comunes en la labor del historiador.

El segundo bloque, “Vidas de memoria”, tiene un carácter más concreto. Desglosa seis historias de vida, desde un indígena del siglo XVII descendiente de la nobleza azteca a un excombatiente del EZLN que emigró a Estados Unidos, pasando por un polaco y un catalán (éste, antes de la Guerra Civil) que en el siglo XX se buscaron la vida en México. Estos relatos —donde aparecen Carlos V, Carlos de Sigüenza y Góngora, el emperador de México Agustín de Iturbide o Pere Calders— matizan las explicaciones estructurales, condensan en carne y hueso datos, coordinadas; esgrimen la inevitable pluralidad de la realidad: junto a los hegemónicos castellano y náhuatl aparecen el purépecha, el catalán, el yiddish. En suma, prueban que los debates expuestos en la primera parte son inevitables una vez que la historia asume lo que antaño hacía casi exclusivamente la antropología: oír al individuo.

El apartado final, “Abuso de la memoria” es un caleidoscopio formado por siete textos, desde un par de ensayos libres (uno sobre el bolero y otro sobre la autobiografía del escritor mexicano Salvador Novo) hasta una diatriba (“la perogrullada”) contra los tertulianos y expertos que hablan en televisión de cualquier tema. Completan el cuadro dos *divertimenti* (“El dogma” y “La erudición”), el primero, una disección de la frágil frontera entre la lucidez y el fanatismo; la segunda, una parodia (quizá una transcripción) de un docto e incomprensible trabajo académico. El texto más singular es “La potencia”, una breve *Bildungsgroman* de cómo la vida modifica la amistad de un grupo de jóvenes intelectuales. Las circunstancias y la personalidad, no sólo la inteligencia, determinaran su éxito o fracaso. Estas cosas, de las que se habla en sordina en la academia, son las que un profesor experimentado quisiera decir a sus alumnos.

El libro es crítico con la academia, no cismático. Prácticas tan cotidianas como las clases o el seminario son vindicadas. A veces se nota

la carencia de aula en esas historias escritas como frente al espejo: “el nada más yo y mi lucidez” acaba en obviedades que el autor asume grandes descubrimientos, o en exageraciones o galimatías que, el autor siempre está seguro, son culpa de la ignorancia de los lectores. Educando se aprende el significado de la objetividad en la historia, porque en el aula se negocian la ecuanimidad y sus datos; el aula crea y reta a la erudición del historiador —especialmente hoy que uno ya no puede errar un nombre o una fecha o un dato sin que al instante salte una listilla que ha descubierto el error en internet... (p. 175).

Aunque ser ventrílocuo también tiene ventajas (la jerga puede simular el conocimiento) si se quiere dejar de ser un histrión hay pasos indispensables, como conformar un canon propio de lecturas. Tenorio cuenta que en su caso fue el descubrimiento, *in situ*, de historiadores norteamericanos como Henry Adams, Frederick Jackson Turner, Charles Beard, Carl Becker, Robert Wiebe, Comer Vann Woodward, Alan Trachtenberg y Warren Susman, para después pasar a lecturas alejadas del ámbito especializado (en su caso el ensayo científico y la literatura). El

lector latinoamericano, y aún el ibérico, emitirá un suspiro: en las babélicas bibliotecas norteamericanas el problema no es conseguir libros sino depurar lecturas.

Esencialmente, este libro es un conjunto de diecisiete ensayos en los que tan importante como las ideas es la preocupación por la escritura. Justamente el ensayo como género carece de reglas, salvo una: voluntad de estilo. En *Culturas y memorias: manual para ser historiador* además de matices analíticos hay texturas verbales. Todos los libros de este profesor de historia en la Universidad de Chicago, mexicano, — incluyendo al último, *"I Speak of the City". Mexico City at the Turn of the Twentieth Century*, publicado por esa universidad en 2012— tienen esa impronta, al tiempo que ejercen la tradición anglosajona, tan académica como literaria, de la autobiografía intelectual. "Poesía e historia" es una estrella de alta densidad (el embrión de un libro) que compacta un sinfín de citas e ideas, algunas sólo esbozadas, con lo que a veces pierden claridad. "La potencia" es un lacónico nocturno; las "Vidas de memoria" una fuga que contrapone la voz de los protagonistas (sus significativos matices regionales, de clase, de generación) con la del narrador. El volumen concluye abordando, con cierta temeridad, una forma de escritura que debe ser libérrima y al mismo tiempo precisa, el aforismo: "una ola, eso es, una de emoción y autoengaño: he ahí el deleite de la inteligencia". (p. 315)

Estos textos sobre el mundo académico de escritura nada académica se inscriben en ese espacio a menudo relegado (en pos del artículo especializado o de opinión) en el contexto de la lengua española: el del llano debate intelectual.

Un manual como este implica, para autor y lector, una visión irónica (en la acepción primigenia de la palabra: distancia) del oficio de historiador; más todavía, de algo de lo que carece a menudo el estudiante: una visión socarrona de la vida. Podrá ver que en la disciplina no todo está tan ordenado como puede parecer desde el departamento académico, el grupo de investigación o el seminario; que no se trata sólo de elegir un tema, aprender un marco teórico y localizar los archivos pertinentes. Deberá construir, con la ayuda de sus colegas y de sus antecesores, por muy remotos que sean, un andamio, tomar decisiones, buscar modelos con los cuales discutir. Comprenderá que no podrá darse el lujo de ignorar, así sea para su descarte, los intensos debates, nuevos y viejos, de la historia y la cultura. Al estudiante del orbe iberoamericano en especial, sea en el castellano de México o de Colombia, en catalán, gallego o portugués, además de la ventaja de contar con un material que parte de su marco cultural (ignorada a menudo en las introducciones en otros idiomas), le mostrará que estudiar en otro país supone algo más que aprender la corriente teórica más reciente: aprehender otra tradición cultural.

Este ejercicio de historiografía, itinerario vital y escritura muestra que el contexto y la época influyen más de lo que pueda pensarse en la trayectoria académica. El manual cumple así su objetivo a través de una cristalina paradoja: no existe una vía única para convertirse en historiador.